

# Hudson, Guillermo Enrique (1841-1922)

## *Libro de un Naturalista (1919)*

### Capítulo 1

#### LA VIDA EN UN PINAR

La gente, los pájaros, las hormigas

Un caballero inteligente, indudablemente un terrateniente que poseía plantaciones de pinos en su propiedad, hizo años atrás el interesante descubrimiento de que un pinar era el sitio ideal para vivir, debido a las cualidades antisépticas y medicinales de las emanaciones de los árboles. Uno las olía y empezaba a sentirse mejor desde el momento en que penetraba en el bosque. Entonces se produjo naturalmente una corrida hacia los pinos, así como realizóse otra en dirección a las cumbres de las colinas, en respuesta al flamear de banderas y gritos exaltados de *Tyndall* desde *Hindhead* y, de la misma manera, un siglo antes más o menos, una avalancha en dirección a la orilla del mar, en respuesta al llamado del doctor *Russell*.

En cuanto a mí, no deseo habitar entre pinos porque no puedo soportar que se interrumpa mi contemplación de esta tierra verde con sus rebaños y majadas. A veces es bueno vivir en los bosques; he pasado muchos meses felices en la cabaña de un leñador. Casi todos los árboles eran robles y hayas. Abundaban allí la vegetación y la vida silvestre.

Los coniferales, especialmente las plantaciones, son monótonos porque los árboles se asemejan unos a otros; los troncos altos y desnudos lo rodean a uno y el follaje oscuro y tupido forma un techado. A mi también me gustaría permanecer en un pinar, en la orilla del mar, durante pocas horas o un día, aunque para vivir preferiría un páramo, un pantano, una salina o cualquier otro lugar desierto y desolado, con amplia perspectiva.

Pese a mis preferencias, pasé casi todo el último verano en aquel lugar. Al principio, cuando comenzó la excitación y la corrida en busca de los pinos medicinales, los constructores adquirieron una extensa zona cerca de Londres, en una vecindad muy aristocrática.

Como por arte de magia, al igual que hongos, aparecieron de inmediato en los bosques otoñales grandes casas adecuadas para ser habitadas por personas importantes. El bosque quedó intacto; las casas se hallaban más o menos a un cuarto de milla de él; los jardines y prados parecían oasis verdes y florecientes, esparcidos en un sombrío desierto. Tanto unos como otros ocasionan gran gasto, puesto que siendo el suelo de seca arena requiere mucho riego y abono, las flores tienen un aspecto triste y mustio y los prados están formados por un césped pobre, mitad pasto y mitad musgo.

Siendo naturalista, sentí curiosidad en observar el efecto de la vida en un pinar sobre sus habitantes. Me llamó la atención que no mejoraran de salud y que sufrieran mucho en verano, especialmente en los días calurosos, sin viento. No frecuentan los bosques; se apresuran en dirección a la puerta que conduce al camino y se dirigen a la aldea o hacia algún punto desde el que puedan contemplar la tierra, fuera de los pinos. Prefieren alejarse de aquellos parajes y nunca se sienten tan felices como al realizar una larga visita a los amigos que habitan en el país o en el exterior, en cualquier parte con tal que no sea en un pinar.

Creo que aun Mariana, suponiendo que sobreviviera hasta ahora, y fuera persuadida de dirigirse al sur para probar la vida en un pinar, pronto desearía regresar a su granja en la llanura de *Lincolnshire*, en medio del polvo y la pobreza, sin un ruido que interrumpa el silencio del bochornoso mediodía cuando sólo se oye el zumbido de la mosca azul que aletea contra los vidrios y el penetrante chillido del ratón detrás del deteriorado zócalo.

Naturalmente, me refiero a los seres humanos que residen entre los "*pinos crepusculares*". Es esta una expresión del extinto Henry James que la empleaba no al referirse a los bosques de pinos en general, sino a aquel que le era bien conocido y donde residía cuando fue huésped suyo. Pero a él no le atraía, porque de lo contrario lo visitaría con más frecuencia. En realidad prefería ver a sus queridos amigos -todos lo eran- cuando se hallaban lejos del abrigo crepuscular de los árboles en el Londres siempre brillante y hermoso.

A mí tal vez me interesaban más los habitantes no humanos del bosque. Paseaba en la parte que pertenecía a la casa que en realidad sólo yo visitaba y que cubría un área de unos sesenta acres dentro de aquél, separado del resto por empalizadas de roble. Pasar de los jardines y prados al bosque, era lo mismo que entrar desde el aire libre y asoleado a la atmósfera tranquila y sombría del interior de una catedral. Aquél era pues un lugar extraordinariamente silencioso; cuando cantaba un tordo o un pinzón se le oía desde el jardín que acababa de abandonar o del lugar más alejado del bosque.

En aquellos pinares, los únicos pájaros pequeños eran los que realizaban una breve visita y los grupos de patos que lo cruzaban, Sin embargo, donde yo tenía el privilegio de pasear, el bosque poseía su fauna propia: ardillas, palomas del bosque, una familia de gallos, otra de urracas, un par de herrerillos y otros gavilanes. La caza no se protegía en aquellos bosques, divididos en zonas de doce a cincuenta acres o más; por tal motivo podían existir varias especies incluídas en la lista negra del guardián.

De los pájaros nombrados, muchos procrean en el verano -los halcones y herrerillos, una docena o más de casales de palomas del bosque, de urracas y gallos-. Los demás miembros de las familias de las dos últimas especies habrían sido inducidos, mediante argumentos convincentes, de afilado pico, a huir en busca de otros sitios donde hacer nido.

No encontré ni un pájaro pequeño que anidara en el bosque; esto me hizo pensar en un problema que durante años ha torturado mi mente. ¿Cómo pueden esos pájaros proteger de las hormigas a sus tiernos e indefensos pichones? El bosque está lleno de hormigueros; los había en todas partes, semiescondidos entre los helechos. Los viejos montículos de tierra eran de gran tamaño, medían de doce a catorce pies de circunferencia y algunos tenían

más de cuatro pies de altura. Como nadie buscaba los huevos, las hormigas nunca eran molestadas y llama la atención pensar cómo podían subsistir en un pinar desnudo, que de todos los bosques es el más pobre en insectos.

Me he dicho muchas veces que los pájaros, especialmente las especies de pequeñas forestas, que anidan en el suelo y muy cerca de él, como el ruiseñor, el petirrojo, los reyezuelos del bosque y del sauce o gorjeador, el *chiff-chaff* y los paros o herrerillos que anidan bajo y en troncos viejos, habrían podido sufrir la destrucción de sus nidos por las hormigas; sin embargo, nunca he encontrado uno que mostrara rastros de tal accidente, ni lo he leído en los libros sobre pájaros, de los cuales conozco centenares.

Preocupábame el asunto cuando, inesperadamente, tuve la evidencia de que a veces los tiernos pichones son devorados por las hormigas. La descubrí en un relato sobre el reyezuelo, escrito por un jovencito y que hallé en una pila de ensayos sobre pájaros y árboles, realizados en las escuelas de las aldeas de *Lancashire*, que me fueron enviados por la, *Sociedad Real para la Protección de los Pájaros*, para que los leyera y juzgara.

En su ensayo, el niño afirma que habiendo elegido como tema el reyezuelo, vigiló a uno hasta ubicar su nido. Había allí cinco huevos y de ellos nacieron cuatro pichones, devorados por las hormigas el mismo día del nacimiento. Escribí al maestro de escuela de *Newburgh*, cerca de *Wigan*, y a *Harry Southworth*, el alumno, solicitándoles detalles completos.

La respuesta del maestro fue satisfactoria; señalaba a *Harry* como hábil y atento observador. El alumno contestó que el nido estaba construido en un banco, al costado de un arroyo; él había observado al pajarito durante todo el tiempo en que empolló los cinco huevos. En la última visita encontró al padre aterrorizado, fuera del nido. Al revisarlo, observó que habían nacido cuatro pichones y que estaban muertos, todavía calientes y cubiertos de pequeñas hormigas pardorajizas que se alimentaban de ellos.

Esto demuestra que no sólo las hormigas atacan a veces a los pichones en el nido, sino también que en tales casos los padres son impotentes para defenderlos. Mi conclusión fue que los pájaros pequeños, que anidan en el suelo, sienten un instintivo temor por las hormigas y evitan hacer sus nidos en sitios infestados por ellas.

Sin embargo, me pregunté, ¿cómo escapan al peligro los pájaros más grandes, que anidan en la parte más alta de los pinos? Las hormigas suben a la parte superior de aquéllos, por los lisos troncos, con la misma facilidad y velocidad con que se deslizan en las superficies horizontales. Se las ve ascender y descender en infinita cantidad durante todo el día; de manera que en la copa del árbol ha de haber enjambres, que recorren cada ramita y cada aguja, dispuestas a utilizar sus mandíbulas en cualquier alimento, sin consideración al tamaño del objeto; los pichones recién nacidos de palomas del bosque o urracas, no han de estar más seguros en sus elevados nidos que los del petirrojo o reyezuelo del sauce, que anidan cerca del suelo.

Cuando llegué a esta conclusión la estación estaba desgraciadamente avanzada para proseguir la investigación, pues muchos pájaros habían terminado la crianza. No pude descubrir si tuvieron éxito, todos o la mayoría de ellos. Sin embargo, los pichones aun estaban en el nido que más me

interesaba. Este pertenecía a un gavilán y estaba en las ramas más bajas de un delgado pino, de unos 14 metros de altura. El nido era excepcionalmente grande y yo sabía que en los tres años anteriores los pájaros habían criado con éxito sus pichones, en este bosque, llegando a la conclusión de que en todas las oportunidades usaban el mismo nido y que su tamaño actual se debía al agregado de nuevo material en cada estación.

Yo permanecía de pie en un elevado montículo de tierra, a una distancia de cincuenta metros del árbol en cuestión, y por medio de mi binóculo lograba una vista perfecta de los cuatro pequeños gavilanes en su plataforma; parecían búhos con sus grandes cabezas redondas bajo las cuales veíase el blanco plumón.

A medida que sus plumas crecían aumentaba su actividad y se mostraban cada vez menos inclinados a permanecer sentados en grupo; desde tan alta percha, separados todo lo que permitía el borde del nido, me miraban curiosamente cuando yo los contemplaba. Los hábitos de los padres no eran semejantes a los de otros gavilanes que se criaban en los bosques o parajes silvestres donde raramente se ve gente. En vez de mostrar intensa ansiedad y gritar al ver a un hombre, haciendo que los pichones cayeran en el nido, aquéllos se escabullían silenciosamente, desapareciendo de la vista. En estas circunstancias, la tendencia a esconderse era su política más segura, por decirlo así, pero tenían una desventaja: dejar a los pichones sin instrucción acerca del peligro del hombre. La lección llegaría más tarde, cuando estuvieran fuera del nido.

Paulatinamente, mientras crecieron los gavilanes, aumentó la producción de alimento, que se componía de pájaros tan cuidadosamente desplumados que no les quedaba ni siquiera una pluma y como la cabeza también había sido eliminada, era muy difícil identificar las especies; me parece, sin embargo, que la mayoría de ellos eran estorninos. Los pequeños gavilanes tenían que alimentarse entonces con lo que había para todos; cuando uno de ellos era picoteado, tomaba un pájaro y lo llevaba al borde del nido para estar fuera del alcance de los demás; luego, poniéndole una pata encima, empezaba a despedazarlo. Mas algunas veces fracasaba, pues al transferido del pico a las garras, se le caía desde el borde, perdiéndolo. Las hormigas rápidamente encontraban y atacaban al pájaro caído y pocas horas después dejaban su esqueleto bien raído

Sin embargo, las hormigas nunca ascendían a ese árbol. Entonces se me ocurrió que sólo suben a algunos de ellos, siempre los mismos, y que una vasta mayoría no es invadida por aquéllas. Comencé a rondar y visitar los árboles en que había visto subir hormigas y en todos ellos encontré que ascendían en inmensas cantidades, como si fueran a un lugar que contuviera una inagotable provisión de alimento. Pero la estación ya estaba demasiado avanzada como para poder asegurarme de que de vez en cuando no invadían nuevos árboles, Parece sorprendente que cada día, durante semanas y quizá durante toda la estación, fueran ascendiendo a los mismos troncos; no obstante, tal hecho estaría, de acuerdo con lo que sabemos de tan enigmáticos insectos casi increíble sabiduría en sus complejas acciones y sistema de vida, unida a una casi inconcebible estupidez-. ¿Saben las hormigas por qué suben a un árbol determinado y no a cualquiera de los demás ¿No será que en ese árbol particular ellas tienen sus rebaños y manadas cuidadosamente

organizados, que las proveen de rocío, leche, manteca y queso? Según descubrí en la foresta de *Harewood*, estos rebaños y manadas se mantienen y alimentan en robles, y desearía que los lectores de este capítulo que vivan en un pinar o en sus inmediaciones y sean felices poseedores de una escalera, de doce o quince metros de alto, realicen más investigaciones con referencia a este asunto.

Hasta ahora, mi conclusión es que las palomas del bosque y otros pájaros que anidan en los pinos, no utilizan árboles frecuentados por hormigas.

Sigamos ahora a los jóvenes gavilanes criados en un bosque habitado por el hombre.

Los vigilé diariamente. A medida que los plumones fueran siendo reemplazados por plumas y la informe apariencia transformóse en la definida figura del gavilán, se aventuraron más, subiendo a una rama accesible desde el nido; primero el más grande, al que siguieron los otros, uno a uno. Finalmente, los cuatro halláronse en la rama, guardando entre ellos distancia de seis a diez pulgadas, quedando más próximo al nido el menos desarrollado, de apariencia más delicada, e informe que los demás

Una mañana, en el mes de septiembre, encontré el nido vacío; los pichones habían sido persuadidos para que lo dejaran temprano ese día. Lamenté mucho no haber visto cómo fue aquello, quizá con argumentos contundentes, a picotazos, pero nunca había pensado en eso teniendo en cuenta el extraordinario secreto mantenido por los padres, que no lanzaron un grito, ni permitieron que se les viera. Ya que sus crías estaban fuera del nido y podían volar, no consideraron necesario permanecer invisibles ante la aparición del hombre en el bosque. Después de mantener ocultos a los hijos durante tres o cuatro días, comenzaron a dejarse ver, perseguidos por aquéllos, que expresaban su hambre mediante lamentos y gritos de queja que se oían durante todo el día siendo evidente que entonces habían adoptado un nuevo sistema; es decir, el de mantener cierta restricción en cuanto a la alimentación, en lugar de ofrecerles Provisiones en mayor cantidad de aquella que Pudieran consumir. En consecuencia, los jóvenes en lugar de permanecer sentados inactivos, a la espera de la llegada de pequeños pájaros cuidadosamente desplumados, se vieron obligados por el hambre a volar en pos de sus padres, que los dirigían en una caza interminable dentro, fuera y sobre los árboles. Esto parecía significar un gran derroche de energía, pero era importante enseñar a los jóvenes a volar y desarrollar los músculos de las alas mediante los incesantes ejercicios. Así continuaron por cinco o seis días en el bosque y después se inició un nuevo movimiento.

Toda la familia salía del bosque por la mañana temprano, dirigiéndose a un matorral en otro grupo de árboles, donde los jóvenes aprenderían nuevas lecciones. Ellos debían realizar solos el desplume de la caza, so pena, en caso contrario, de tener que tragar las plumas con la carne; la próxima etapa consistiría en que la víctima les sería entregada con vida y parcialmente herida y tendrían que matarla; finalmente, se verían obligados a capturar su propia presa, la última lección y la más difícil de todas.

Los continuos gritos de hambre que proferían al regresar cada tarde a su refugio, en el bosque, evidenciaban que los jóvenes eran mantenidos con menos alimentación que la necesaria. Desde el momento de su llegada, una

hora antes de la puesta del sol, hasta que oscurecía, continuaba el clamor y los pájaros seguían a sus padres durante todo el tiempo. Aquello se repitió por un par de semanas y en las últimas tardes los padres introdujeron una nueva lección en su sistema educacional. Elevándose entre los árboles pero manteniéndose separados, tanto el macho como la hembra eran seguidos por los hijos, volando y planeando en círculo con movimientos fáciles como los del milano, subían hasta una altura de doscientas o trescientas yardas sobre las copas de los árboles y luego, dejándose caer repentinamente como piedras, desaparecían entre el follaje, seguidos a larga distancia por los jóvenes. Debajo de la copa de los árboles, maravillaba verlos volar a su máxima velocidad, entre los altos y desnudos troncos, con muchos virajes repentinos que aparentemente apenas les permitían evitar aplastarse mortalmente contra un tronco o una rama. Yo me asombraba cada vez que presenciaba esta violenta acción, en apariencia demente pero cumplida, sin embargo, con gran facilidad, seguridad y gracia.

Debía ser ese el último acto del programa del día porque inmediatamente después dirigíanse a su sitio de descanso y los hambrientos jóvenes acallaban sus gritos.

Toda la familia desapareció al finalizar la tercera semana de septiembre. Los jóvenes aprendieron que no podían permanecer siempre en el único lugar que conocían y que pronto comenzaría la última y más cruda lección de todas: ganarse el propio sustento o morir de hambre.

Nota. Desde que se publicó este relato en la *National Review*, mi idea acerca de la destrucción de pichones por las hormigas recibió nuevas confirmaciones desde fuentes ampliamente distantes. Una de ellas, bastante rara, está incluida en el ensayo de un escolar de otra región, con motivo de un concurso en el Día del pájaro y el árbol, en este caso en una aldea de *Hampshire*. Una alondra era el pájaro estudiado. En una de las visitas que el pequeño observador efectuó al nido cuando los pichones sólo tenían pocos días, los encontró fuera de allí, cubiertos con pequeñas hormigas rojas y moribundos. El segundo caso hállase descrito en una carta de uno de mis corresponsales en Australia, al señor *Carlos Barrett*, bien conocido en la colonia y en este país como estudioso de la avifauna nativa. Había, encontrado un resumen de mi relato acerca de "*La vida en un pinar*" y escribió: "*Creo que en Australia, en las regiones secas, donde se encuentran en grandes cantidades hormigas de muchas especies, gran gomerero de pichones de pájaros caen víctimas de estos insectos. Desde luego, los pájaros que anidan en el suelo son los que más sufren, pero hay hormigas que ascienden a los árboles y atacan a los pichones en las ramas más altas de éstos... Observé en noviembre una corriente de grandes hormigas rojas que subían por un vástago de un gomerero y encontré que penetraban en un nido de golondrinas del bosque, *Artamus Sarolida*, que contenía tres pichones de una semana, los cuales iban a ser devorados vivos por las hormigas... Los libré de su desgracia, pero me entristecí durante el resto de la tarde al pensar en cuántas tragedias similares estarían produciéndose en el bosque. No consiguieron reanimarme el olor ni la fragancia de la flor de zarza que crecía a lo largo de la ensenada, ni los alegres cantos de los pájaros". Barrett también describe el hallazgo del nido de un tordo (nuestro pájaro inglés) con los pichones en condiciones semejantes.*